

# ENTREVISTA A LORENZO SILVA: “TODOS MIS LIBROS AÚNAN INVENCIÓN E INVESTIGACIÓN”

Gabriel Laguna Mariscal

Universidad de Córdoba

[glaguna@uco.es](mailto:glaguna@uco.es)

**Recibido:** 1 julio 2021

**Aceptado:** 28 septiembre 2021

DOI: <https://doi.org/10.21071/ltap.v6i6.14046>

## Resumen

Entrevista con el escritor español Lorenzo Silva, sobre variados aspectos: entre otros, formación, vocación, ficción frente a no ficción, la novela policiaca, la COVID y los premios literarios.

**Palabras clave:** Lorenzo Silva, literatura, novela, entrevista, educación.

## “ALL MY BOOKS COMBINE INVENTION AND RESEARCH”: AN INTERVIEW WITH LORENZO SILVA

### Abstract

Interview with Spanish writer Lorenzo Silva, about various subject-matters: among them, education, literary vocation, fiction vs. non-fiction, hardboiled novel, COVID, and literary prizes.

**Keywords:** Lorenzo Silva, literature, novel, interview, education.

## ENTREVISTA A LORENZO SILVA: “TODOS MIS LIBROS AÚNAN INVENCIÓN E INVESTIGACIÓN”

Gabriel Laguna Mariscal

Universidad de Córdoba

[glaguna@uco.es](mailto:glaguna@uco.es)

Lorenzo Silva (Madrid, 1966) es un prolífico escritor español, que ha cultivado tanto la ficción como la no ficción. Estudió Derecho y trabajó como abogado en una empresa dedicada a la energía. Aunque su dedicación a la literatura se remonta a su adolescencia, allá por la década de 1980, no empezó a publicar hasta relativamente tarde. Su entrada exitosa en el mundo de las letras tuvo lugar en 1997, cuando quedó finalista del Premio Nadal con su novela *La flaqueza del bolchevique* (que luego sería adaptada al cine en 2003). Posteriormente, ganaría el mismo Premio Nadal en el 2000 (*El alquimista impaciente*) y el Premio Planeta en 2012 (*La marca del meridiano*). Es conocido entre un público amplio por su serie de novelas policíacas, protagonizadas por la “pareja” de la Guardia Civil Rubén Bevilacqua y Virginia Chamorro. A fecha de 2021 suman doce, desde la primera, *El lejano país de los estanques* (1998), hasta *El mal de Corcira* (de 2020). El novelista reconoce en esta entrevista que el género policíaco que cultiva se mueve en las coordenadas genéricas de la novela “hardboiled” de Raymond Chandler (1888-1959), más que en la tradición puramente hispánica (Vázquez Montalbán). Ha cultivado también la literatura juvenil. En el campo de la no ficción, ha escrito libros de viajes y de historia, así como crónicas de guerra. En esta entrevista dialogamos sobre una amplia variedad de temas, desde la formación proporcionada por el Bachillerato, hasta la vocación literaria, pasando por la inserción de la filosofía en la novela del autor, la repercusión de la COVID en la literatura y la autenticidad de los premios literarios privados.

GABRIEL LAGUNA.— ¿Cuándo tuvo conciencia de su vocación literaria, es decir, de que quería dedicarse a la literatura y vivir de ella? ¿Nos explica cuál fue el contexto en que tuvo lugar este descubrimiento?

LORENZO SILVA.— Los libros y el ejercicio de inventar historias me interesaron desde que recuerdo. Escribí mi primer cuento antes de cumplir los catorce años y con dieciséis ya quería hacer novelas y pensé que escribir

iba a ser mi misión principal en la vida. Nada me atraía, divertía ni satisfacía tanto, y creía y creo que uno debe tratar de buscar su lugar en el mundo con arreglo a lo que siente que es. Que pudiera vivir de ello, casi lo descarté en ese mismo momento y por eso, sin dejar de escribir, hice Derecho y tuve otros oficios. Estaba mentalmente preparado para no vivir nunca de la literatura, pero la vida veces te da sorpresas. En mi caso, fue quedar finalista del Nadal en 1997 (Silva 1997) y, a partir de ahí, empezar a tener editor y lectores para mis libros.

G. L.— Según la biografía publicada en su página oficial en internet (<https://www.lorenzo-silva.com/biografia/>), su vocación literaria se inició sobre 1980, es decir, cuando solo tenía 14 años. Ahora bien, su primer libro publicado es de 1995 (*Noviembre sin violetas*). Tiene una formación en Derecho y ha trabajado como asesor fiscal, auditor de cuentas y abogado. ¿Qué cree que es preferible para la calidad de una producción literaria, la dedicación exclusiva del escritor o compartida con otras dedicaciones profesionales?

L. S.— Creo que es bueno que un escritor haya hecho en la vida algo más que escribir, y que haga otras cosas si lo necesita para ser libre en la escritura. Pero si en algún momento la vida le hace el regalo de poder dedicar todo su tiempo a su pasión, sin perder por ello la libertad de escribir lo que siente que debe y necesita —para eso hace falta tener los lectores que le proporcionan la independencia suficiente— no veo que haya de negarse.

G. L.— ¿Qué recuerdos guarda del bachillerato?

L. S.— Excelentes. Esos años fueron los de mi verdadera formación. Tuve muy buenos profesores: de Lengua, de Historia, de Ciencias, de Matemáticas, de Filosofía. Sentaron las bases de mi visión del mundo con amplitud de miras, y sin subordinar las letras a las ciencias ni viceversa. En la facultad sólo completé esa formación desde el conocimiento especializado del derecho.

G. L.— ¿Qué importancia les da a asignaturas humanísticas, como la filosofía, la lengua y literatura, la historia, las lenguas clásicas (griego y latín), para la formación de un joven?

L. S.— Fundamental. Como a las matemáticas y la física, por cierto. Entiendo poco y mal —quizá porque desde siempre me gustó leer y a la vez hice bachillerato de ciencias— esa manía de establecer compartimentos estancos y jerarquías entre los saberes. El mundo se entiende desde multitud

de perspectivas o no se entiende apenas. Mi espina clavada es que por elegir ciencias dejé de estudiar griego (aunque no a los griegos), una laguna que me propongo completar en cuanto la vida me lo permita. No quiero morirme sin poder leer a Tucídides en el original y entender al menos algo. Y mi experiencia como jurista me descubrió que tal vez la asignatura más importante que estudié en toda la carrera fue el Derecho romano, cuyos textos están en latín, lengua que afortunadamente sí que estudié en el bachillerato.

G. L.— Si tenía clara una incipiente vocación literaria desde la adolescencia, ¿por qué estudió Derecho, en lugar de alguna rama de Filosofía y Letras?

L. S.— Porque para escribir literatura sólo hace falta observar, escuchar y leer, no es tan importante adquirir herramientas de análisis especializado de textos literarios o de otra índole. Preferí adquirir un conocimiento que me diera otras salidas profesionales y otro ángulo desde el que observar el mundo. Y el derecho es una buena herramienta en ambos sentidos. Dice mucho de lo que somos, y ayuda a entender las sociedades en las que nos organizamos, las relaciones de convivencia y poder, en fin, el derecho está en todas partes, como los virus, aunque no se vea.

G. L.— ¿Qué consejo le daría a un joven adolescente que quiere dedicar su vida personal y profesional a la literatura?

L. S.— Que se pregunte si acepta esa dedicación, sin límite, incluso si nadie le hace jamás ningún caso. Si no, es mejor que se busque otra actividad que le inflija menos frustraciones —y menos amargas—. Si está dispuesto a entregarse a la literatura incluso en medio del mayor de los fracasos, es escritor y será feliz en la medida suficiente, pase lo que pase con su obra.

G. L.— Es un prolífico escritor, cultivador de varios géneros de ficción y de no ficción. ¿Disfruta más escribiendo ficción o no ficción?

L. S.— Siempre me ha gustado mucho inventar, pero también me gusta investigar, y creo que puede ser igual de creativo, como creo que inventar es también una actividad muy instructiva. A medida que pasa el tiempo me cuesta más decidirme. Sigo inventando e investigando, y en todos mis libros, sean de ficción o no, hay, al final, una mezcla de invención e investigación.

G. L.— Dentro de la no ficción, ha cultivado el género de viajes, ensayo histórico, crónica de guerra, ensayo periodístico... Para la documentación, ¿confía más en la autopsia (visita personal) o en la consulta de bibliografía?

L. S.— Como a Heródoto, la autopsia me tira y la practico cuanto puedo, pero también de él aprendí que a veces uno debe poner en cuarentena lo que le cuentan y aun lo que ve, y no dejar de respaldarlo y contrastarlo con lo que vieron y anotaron otros. Las narraciones se enriquecen con la diversidad de materiales, y con el diálogo, incluso problemático, entre unos y otros.

G. L.— En ficción, es un especialista del género policíaco. La serie de novelas protagonizadas por la “pareja” de la Guardia Civil, el sargento (después brigada) Rubén Bevilacqua y su adjunta, la guardia (luego cabo) Virginia Chamorro, lo ha hecho famoso entre los lectores del género (“un guardia civil de apellido impronunciable que al cabo de los años me daría la mayor alegría que puede tener un escritor: un buen puñado de gente con ganas de leerle”) y, además, le ha hecho merecedor de ser nombrado Guardia civil Honorario por su contribución a la imagen del Cuerpo de la Guardia Civil (en 2010). El sargento “Vila” es un investigador desengañado que, sin embargo, siente que debe cumplir una misión. Para su caracterización, ¿le ha influido más el Marlowe de Chandler o el Pepe Carvalho de Vázquez Montalbán?

L. S.— Con todo el aprecio a Vázquez Montalbán, que es máximo —en lo literario y en lo personal, él me presentó *El alquimista impaciente* (Silva 2000) en Madrid—, el culpable de que yo haga novela negra es Raymond Chandler, y el gran referente entre los detectives para mí no puede ser otro que Marlowe. Ahora bien, es un personaje tan poderoso y carismático que hay que defenderse un poco de él y tomar cierta distancia irónica, y quizá en ese sentido sí que me ha ayudado algo la lectura de las novelas de Carvalho, un tipo que no termina de tomarse en serio a sí mismo. Y una parte de Bevilacqua viene de su condición de guardia civil: accidental en su caso, pero que imprime tal carácter que ni un verso suelto como él se libra de que le salpique.

G. L.— ¿Cree que la pandemia del COVID-19 va a incidir en la creación literaria? ¿El trauma causado globalmente va a tener una incidencia cultural? ¿Estamos ante una literatura post-COVID?

L. S.— Va a incidir en todo, va a derribar unas cuantas categorías y a instaurar otras, ya lo está haciendo de hecho, pero tras ella, como tras las pestes de Atenas y Bizancio —léase a Tucídides y a Procopio,

respectivamente—, lo que habrá en las calles seguirán siendo seres humanos, con sus eternas miserias y grandezas. Habrá que estar muy atento a los detalles que hayan cambiado —en ellos está la verdad, según Stendhal—, para no desfigurarse ni ser anacrónico, pero sin olvidar que la esencia de lo humano permanece, y está allí donde ya la vieron, hace muchos años, los que nos precedieron y dejaron de ello testimonio.

G. L.— Parece que la filosofía (clásica y moderna) tiene una presencia importante en su obra de ficción (Laguna Mariscal 2022). El protagonista de *La flaqueza del bolchevique* (Silva 1997) hizo su tesis doctoral sobre Spinoza. La víctima de *La estrategia del agua* (Silva 2010) lee a Epicteto para sobrellevar sus problemas vitales. El sargento Bevilacqua se nos presenta como un héroe cínico-estoico, a la vez crítico con la sociedad y consciente de su deber de paliar el mal. ¿De dónde procede este interés por la filosofía? ¿Cree que la filosofía puede ofrecer respuestas y pautas para el atribulado hombre moderno?

L. S.— La primera culpa la tiene mi profesora del bachillerato, Elisa Chozas, que me enseñó a disfrutar de ella. Luego he hecho mi camino, un poco anárquico, pero con la conciencia constante de que pensar en todo eso que no asoma a la superficie ni es inmediato es una buena manera de acabar soportando con menos infelicidad y más paz la existencia y sus complicaciones. La filosofía no resuelve ni resolverá ninguno de los grandes problemas, que son insolubles, pero ayuda a no hacerse un daño tonto golpeándose todo el rato con ellos. Y eso ya es bastante.

G. L.— Ha obtenido los más importantes premios literarios del panorama español: finalista del Premio Nadal en 1997 por *La flaqueza del bolchevique*, ganador del mismo Premio Nadal por *El alquimista impaciente* (2000), Premio Primavera de Novela 2004 por *Carta blanca*, Premio Planeta por *La marca del meridiano* en 2012. ¿Cómo valora los premios literarios, en términos generales (más allá de que le hayan sonreído personalmente)? ¿Cree que los premios literarios comerciales (concedidos por editoriales privadas) estimulan la creación literaria y el descubrimiento de nuevos valores o son más bien operaciones de márketing?

L. S.— De todo hay. Además de haber ganado alguno, he sido jurado de unos cuantos, y de todo he visto en esa doble condición. Procuro hablar de lo que sé y me consta, y no de lo que se dice o se comenta, y menos generalizar. A mí me han elegido finalista del Nadal cuando estaba extramuros del sistema editorial, escogiendo entre seiscientos la novela de

un tipo que no conocía a nadie y la envió al premio creyendo que estaba echando las copias al contenedor del papel. Me han dado un premio comercial patrocinado por El Corte Inglés con la novela menos comercial de todas las mías, un viaje al horror de la guerra de África que es lo más violento y desasosegante que he escrito nunca (*Carta blanca*). Y como jurado he visto cómo iba a parar, con mi voto, un premio de decenas de miles de euros a un desconocido en detrimento de un autor consagrado al que, por cierto, aprecio y respeto —y por eso omitiré su nombre—. Todo eso no me lo han dicho, lo he visto y lo he tocado. También le puedo decir que la única vez que alguien me invitó a presentarme a un premio dándome garantías de ganarlo —y no era un premio pequeño—, me pareció una excelente razón para no presentarme y no lo hice. Y que en más de un jurado de premios de este tipo se ha fallado con mi voto en contra, que he emitido siempre libremente. Dicho todo lo anterior, de los premios hay que mirar el palmarés, libros y autores. Ninguno es perfecto, pero hay premios comerciales denostados que han premiado grandes obras, descubierto o consolidado autores y creado no pocos lectores.

**Obras citadas**

- Laguna Mariscal, Gabriel (2022). “Bilis negra en la novela negra: la melancolía estoica en la novela policíaca de Lorenzo Silva”. En Samuel Rodríguez (ed.). *Melancolía y depresión en la Literatura Hispánica*. Bern: Peter Lang, en prensa.
- Silva, Lorenzo (1995). *Noviembre sin violetas*. Madrid: Ediciones libertarias.
- (1997). *La flaqueza del bolchevique*. Barcelona: Destino.
- (1998). *El lejano país de los estanques*. Barcelona: Destino.
- (2000). *El alquimista impaciente*. Barcelona: Destino.
- (2004). *Carta blanca*. Barcelona: Destino.
- (2010). *La estrategia del agua*. Barcelona: Destino.
- (2012). *La marca del meridiano*. Barcelona: Destino.
- (2020). *El mal de Corcira*. Barcelona: Destino.